

tigio entre los atenienses. Ahora bien; como es necesario y provechoso el juzgar, y no es posible juzgar sin falta ni error, síguese que el error y la falta están comprendidos en la excelencia de la justicia y participan de esta excelencia. Por lo cual, si creyeses inicua tu sentencia, debes complacerte en esta iniquidad, en tanto que está aliada y amalgamada á la equidad, así como el estaño y el cobre se mezclan para formar el bronce, que es metal precioso empleado en nobilísimos usos, según dice Plinio en sus historias.

El doctor enumeró en seguida las comodidades y ventajas de la expiación que lava la culpa, como los criados lavan cada sábado el suelo de la casa. Y significó al santo hombre qué ventura era para él ser condenado á muerte por la augusta voluntad de la república de Viterbo que le había dado varios jueces y un defensor. Y cuando el doctor hubo concluído, fra Giovanni fué otra vez cargado de hierros y devuelto á la prisión.

XVI

EL PRÍNCIPE DEL MUNDO

Pues bien; la mañana del día señalado para su suplicio, el santo hombre Giovanni durmió profundamente. Y el Doctor Sutil, abriendo la puerta del calabozo, sacudió al durmiente de la manga, y dijo:

—¡Hola, hijo de mujer, despierta! Ya el día entreabre sus pupilas grises. Canta la alondra, y los vapores de la mañana acarician las faldas de los montes. Se ve deslizarse sobre los oteros las nubes aéreas y blancas con reflejos de rosa, que son los costados, los vientres y las caderas de las ninfas inmortales, hijas divinas de las aguas y del cielo, ondulante rebaño de vírgenes matutinas que el viejo Océano conduce por las montañas y que reciben en sus frescos brazos, sobre un lecho de jacintos y anémonas, á los dioses señores del mundo y á los pastores amados de las diosas. Pues hay pastores cuyas madres los concibieron hermosos y dignos de gustar la

leche de las ninfas moradoras de las fuentes y de los bosques.

»Y yo mismo, que he estudiado mucho las curiosidades naturales, viendo hace un momento cómo esas nubes se filtraban voluptuosamente en las oquedades de los ribazos, yo he concebido deseos que ignoro, pero que siento nacer por mis lomos, y que, como Hércules niño, muestran su fuerza desde la cuna. Y estos deseos, sólo son vapores sonrosados y nubes ligeras: precisamente me representaban á una muchacha llamada Monna Libetta que conocí de pasada en Castro, en una hospedería de que era sirviente, con gran satisfacción de arrieros y soldados.

»Y la imagen que esta mañana se me representaba de Monna Libetta, al trepar por el monte, se encontraba maravillosamente embellecida por la dulzura del recuerdo y el sentimiento de la ausencia; y estaba adornada con todas las ilusiones que, naciendo en la región lumbar de que ya te he hablado, difunden inmediatamente su fuego perfumado por toda el alma del cuerpo y la penetran de lánguidos ardores y de sufrimientos deliciosos.

»Pues has de saber, ¡oh Giovanni!, que mirándola tranquilamente y con fríos ojos, esa muchacha no es muy diferente de las que en los campos de la Umbría ó de la Romaña pastorean vacas. Tenía ojos negros, inmóviles y hoscas, la

tez morena, la boca grande, el pecho colgante, el vientre amarillo y la delantera de los muslos, á partir de las rodillas, erizadas de pelos. Reía ordinariamente con vulgar risa; pero durante el placer, su rostro se volvía sombrío y como admirado por la presencia de un dios. Esto es lo que me adhirió á ella, y luego he meditado mucho sobre la naturaleza de esta adhesión, pues soy doctor y tengo el hábito de inquirir la razón de las cosas.

»Y he descubierto que la fuerza que me arrastraba hacia esa Monna Libetta, criada del mesón en Castro, es la misma que gobierna á los planetas en el cielo, y que sólo existe una forma en el mundo, el amor, la cual también es odio, como se comprueba en el ejemplo de esta Monna Libetta que fué muy besada y al mismo tiempo muy apalearada.

»Y recuerdo que un palafrenero del papa, su mejor amigo, la castigó una noche tan duramente en el granero donde se acostaba con ella, que la dejó por muerta. Y él corrió por las calles gritando que los vampiros habían estrangulado á la chica. Son éstos sujetos que conviene observar atentamente, si desea uno formarse idea de la buena física y de la filosofía natural.

Así habló el Doctor Sutil. Y el santo hombre Giovanni, incorporándose en su estercolero, respondió:

—Doctor, ¿son tales los discursos que conviene pronunciar á un hombre que dentro de poco será ahorcado? Escuchándote dudo si tus palabras son las de un hombre honrado y las de un insigne teólogo, ó si no proceden de un ensueño enviado por el ángel de las tinieblas.

Y el doctor Sutil respondió:

—¿Quién te habla de ser ahorcado? Sabe, Giovanni, que he venido aquí desde la fina punta del día, para libertarte y ayudarte á huir. Mira, me he vestido el traje de un carcelero; la puerta de la prisión está abierta. ¡Ven, date prisa!

El santo hombre, se levantó y dijo:

—Doctor, cuidado con lo que decís. He hecho el sacrificio de mi vida. Y confieso que me ha costado bastante. Si, creyendo por vuestras palabras que soy devuelto á la vida, se me conduce al lugar del suplicio, me costará un segundo sacrificio más doloroso que el primero, y sufrir dos muertes. Y os declaro que mi afán de martirio es ido, y que el deseo me ha vuelto de respirar el día en los pinares del monte.

El Doctor Sutil replicó:

—Precisamente deseaba conducirte bajo los pinos que suenan al viento con la triste dulzura de la flauta. Almozzaremos en la pendiente musgosa que mira á la ciudad. ¡Vamos! ¿Por qué tardas?

Y el santo hombre dijo:

—Antes de partir quisiera saber quién sois. He decaído de mi pristina constancia. Mi valor sólo es ya una brizna de paja en el aire devastado de mi virtud. Pero me queda la fe en el hijo de Dios, y, por salvar á mi cuerpo, no quisiera perder mi alma.

—¡Verdaderamente—dijo el Doctor Sutil—; sin duda crees que ambiciono tu alma! ¿Es jovencita tan bella ó dama tan gentil para que tengas miedo de que yo te la rapte? Guárdala, amigo mío, nada haré.

El santo hombre no se quedó muy satisfecho de este discurso, que no exhalaba piadoso olor. Pero, como tenía gran deseo de verse libre, no quiso reflexionar, y, siguiendo al doctor, rebasó el postigo del calabozo.

Y sólo cuando estuvo fuera, preguntó:

—¿Quién eres, tú que envías ensueños á los hombres y libertad á los presos? Posees la belleza de una mujer y la fuerza de un hombre; te admiro y no puedo amarte.

Y el doctor Sutil repuso:

—Me amarás cuando te haya hecho daño. Los hombres sólo pueden amar á los que les hacen sufrir. Y sólo hay amor en el dolor.

Y hablando así, salieron de la ciudad y tomaron por la senda del monte. Y, cuando hubieron largo espacio caminado, vieron á la orilla del bosque una casa cubierta de telas amarillas. Ante la

casa, de frente á la llanura, había una terraza con árboles frutales y bordeada de viñas.

Sentáronse en el patio, bajo una parra de hojas doradas por el otoño, de la que dependían racimos de uva. Y una jovencita les sirvió leche, miel y tortas de maíz.

Entonces el Doctor Sutil extendió el brazo, y cogiendo una manzana encarnada, mordiéndola y se la ofreció al santo hombre. Y Giovanni comió y bebió; y su barba estaba blanca de leche, y sus ojos reían contemplando el cielo que los inundaba de azul y de alegría. Y la jovencilla sonrió.

Y el doctor Sutil dijo:

—Mira esta niña: es mucho más linda que Monna Libetta.

Y el santo hombre, ebrio de leche y de miel, gozoso con la luz del día, cantó canciones que su madre cantaba cuando le llevaba en sus brazos. Eran canciones de pastores y pastoras, y en ellas se hablaba de amor. Y como la jovencita escuchaba en el dintel de la puerta, el santo hombre se levantó, corrió tambaleante hacia ella, la tomó en sus brazos y le estampó en las mejillas besos ricos de leche, de risa y de alegría.

Y habiendo pagado el Doctor Sutil, ambos viajeros se encaminaron hacia la llanura.

Cuando marchaban á lo largo de los sauces argentados que bordean el río, el santo hombre dijo:

—Sentémonos. Estoy cansado.

Y se sentaron bajo un sauce y contemplaron cómo las olas irisadas se torcían cual finas láminas en la ribera y las moscas resplandecientes volaban sobre el agua. Pero Giovanni ya no reía, y su rostro estaba triste.

Y el Doctor Sutil le preguntó:

—¿Por qué tan preocupado?

Y Giovanni le respondió:

—Por ti he sentido la caricia de las cosas vivientes y mi corazón está turbado. He gustado la leche y la miel. He visto á la joven en el dintel de la puerta y he conocido que era bella. Y la inquietud es en mi alma y en mi carne.

»¡Cuánto camino he recorrido desde el momento en que te conocí! ¿Te acuerdas del bosque de encinas donde te vi por vez primera? Porque yo te reconozco.

»Eres tú el que me visitó en mi retiro y se me apareció con ojos de mujer que brillaban bajo un tenue velo, mientras que tu boca deliciosa me enseñaba sutilezas y dudas respecto al bien. Eres tú quien te me mostrabas en la pradera bajo la capa de oro, semejante á un Ambrosio ó á un Agustín. Yo no conocía entonces el mal de pensar. Y tú me has dado el pensamiento. Y tú has puesto la soberbia como un carbón de fuego en mis labios. Y yo he meditado. Pero, en la rígida novedad del espíritu y en la juventud aún ruda

de la inteligencia, yo no dudaba. Y has venido otra vez á mí y me has dado la incertidumbre y me has hecho beber la duda como un vino. Y he aquí que hoy gusto por ti la ilusión deliciosa de las cosas, y que el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado, porque te he seguido, Príncipe de los Hombres!»

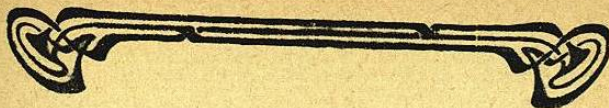
Y Giovanni contempló á su compañero, hermoso como el día y la noche. Y le dijo:

—Por tu culpa sufro, y te amo. Te amo, porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, la magnificencia y la crueldad de las cosas; porque eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante á ti. Pues tu promesa en el jardín, en el alborar de los días, no era vana y he gustado el fruto de la ciencia ¡oh Satán!

Giovanni prosiguió:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el daño que me has hecho. Te amo, porque me has perdido.

Y reclinándose en la espalda del ángel, el hombre lloró.



A Félix Jeantet.

VIII

EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Gesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: Io voglio... (Le lettere di S. Caterina da Siena. VCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena era como la enferma que busca inútilmente una buena postura en su lecho, y cree engañar al dolor removiéndose á cada instante. Varias veces había cambiado el gobierno de la república, que pasaba de los cónsules á la asamblea de los burgueses, y que, confiado al principio en los nobles, fué ejercido en seguida por los cambistas, los traperos, los boticarios, los guarnicionistas, los mercaderes de seda, y todos los que cultivaban las artes superiores. Pero habiéndose mostrado estos burgueses débiles y corrompidos, el pueblo los expulsó como á sus predecesores y entregó el poder á los pequeños ar-